

pudé seguir las huellas que a la corte del Cielo me enderezaban.

En una hoguera, etc.

Vuelto ya en mí, vestíme presto la armadura, y lidié con Cristo; entré a caballo por sus tierras, y encontrándome con El, prontamente le eché los brazos y de El me vengué.

En una hoguera, etc.

Y después de vengarme, traté con El paces; porque muy vivo era el amor primero: enamorado de Cristo, hoy cabe en mí su amor y me consuela.

En una hoguera, etc.

Nos vedan las dimensiones del poema *Amor di caritate* trasladarlo entero, porque consta de nada menos que trescientos sesenta y cuatro versos; basten al intento de darlo a conocer algunas estrofas (I).

FRANCISCO.—Amor de caridad, ¿por qué así me hieres? Tengo el corazón ardiendo de amor y traspasado.

Arde y se consume y no halla sosiego: no puede huir, porque está ligado: como la cera al fuego se derrite; viviendo muere y desfallece: pide descanso, y en un hornillo se encuentra. ¡Adónde voy! ¡ay de mí! ¡a tal languidez! ¡a morir en vida! ¡tanto es mi ardor!

Antes de conocer el amor, se lo pedí a Cristo, soñando dulzuras, deleitosas paces y fin de mis penas: mas llegado ya a esta alteza, sufro tormentos que nunca imaginé; el corazón se me hiende y raja de calor: ni sé lo que soy, ni a qué me parezco: muero de deleite, y sin corazón vivo.

He perdido corazón, juicio, voluntad, placer, todo sentimiento: torpe fango me parece la hermosura, perdición las riquezas y delicias. Un árbol de amor, cargado de frutos y plantado en mi corazón, me nutre. ¿Quién así me transformó tan pronto, robándome juicio, vigor, voluntad?

En pago del amor, di el mundo entero: sin nada me quedé: a ser la creación mía, sin vacilar la diera por el amor. Pero me llamo a engaño: todo lo di, y no sé adónde este amor me arrastra: estoy anonadado: paso por loco: vendíme, y ya nada valgo.

Pensaba el mundo atraerme de nuevo: llamábanme los amigos que siguen otro rumbo. Mas quien se entregó no puede volver a entregarse, ni el siervo librarse de la servidumbre: antes se ablandaría el risco que en mí se extinguiese el amor. Mi alma toda se abraza en él: unida, transformada, ¿quién puede arrebatárle su amor?

Ni hierro ni fuego la apartarán de él: no se separa lo que en tal manera se unió: ni dolor ni muerte llegan a las alturas en que el alma vive: debajo de sí ve todo, y sobre todas las cosas se eleva. Pues, alma, ¿cómo alcanzaste a poseer tanto bien? Díotelo Cristo: abrázate con él amorosamente.

Oye, dulce dueño, mis penas. No puedo resistir tal ardor: apoderóse el amor de mí, y ni sé por dónde ando, ni lo que hago, ni lo que digo; voy como fuera de mí; a veces desfallezco; no acierto a llevar este martirio, que con mortales ansias me roba el corazón.

Robado me han el corazón: no sé cómo haga: los que me ven, preguntan si place a Cristo amor sin obras; mas ¿qué culpa tengo yo si no te place? Que el amor me aprieta y ciñe hasta quitarme habla, voluntad y acción; perdí la facultad de sentir.

Supe hablar, pero me he vuelto mudo: veía, y cegué: no hay más hondo abismo. Callando hablo, huyendo me prenden, cayendo subo, poseyendo me poseen. ¡Amor sin límites, por qué me enloqueces y matas en tan ardiente horno!

CRISTO.—Ya que me amas, regula tu amor: sin orden no hay virtud; quiero que me ames con ordenado afecto: por sus frutos se conoce al árbol: por sus resultados, las cosas todas.

Cuanto he criado, con número y peso lo crié, y ordenélo a su fin. Mediante el orden se conserva todo, y la caridad, más aún es por su naturaleza ordenada. Alma, si por tu ardor enloqueciste, fuera de orden estás.

FRANCISCO.—¡ Oh, Cristo! ¡ El corazón me robaste, y pídesme que ordene mi mente su amor! Pero si en Ti me transformé, ¿ cómo he de mandar en mis afectos? Como el hierro se inflama al fuego, y al sol se ilumina el aire, y pierden y mudan forma, así la mente vestida de Ti es amor.

.....  
Ni tú te libraste del amor: hizote bajar del cielo a la tierra: por amor descendiste a bajeza tal; despreciado anduviste por el mundo: ni casa ni heredad poseíste, sino pobreza que nos enriqueció; ¡ en vida y en muerte mostraste el amor sin límites que en tu corazón ardía!

.....  
No te contuvo la cordura cuando derramaste tu amor: no naciste de la carne, sino del amor, amor encarnado para salvarnos: por abrazarnos deseaste la Cruz; y hasta pienso que aquel silencio tuyo y aquel no defenderte ante Pilatos fué por lograr tal premio en la Cruz amorosa.

Allí se retiró la cordura y yióse el amor solamente; allí no sirvió el poder, ni la virtud aprovechó. Allí se derramaba el amor grande, y en rostro y voluntad sólo se veía amor, amor que desde la Cruz tan amorosamente abrazaba al hombre.

Si estoy, pues, enamorado, embriagado con tal dulzura, quién me zaherirá por ello, ¡ oh Jesucristo! ¿ Qué mucho que haya enloquecido y perdido fortaleza y vigor, si a Ti el amor te dominó de tal suerte que casi abatió tu grandeza toda? ¿ Cómo pretendes que yo resista? ¿ Quién no querrá enloquecer de ti, amor?

Bien se ve cuán distintas son entre sí las tres poesías atribuidas a San Francisco. *In foco* es una ten-

*ción*, no sólo por su forma, sino por su carácter caballeresco y apasionado; abunda en imágenes atrevidas y brillantes que subyugan la fantasía y encienden la mente: escrita parece en verdad con caracteres de llama. Hasta la lanza, el broquel, los dardos, el caballero que se arma para cabalgar por los dominios de Cristo, son reminiscencias trovadorescas; y la arrebatadora energía, el brillo y abundancia de la vena poética que fluye en *In foco*, contrastan con la sobria concisión de *Frate Sole. Amor di caritate*, si carece del ímpetu y colorido extraordinario de *In foco*, es más perfecta y acabada obra de arte; al par que corrección de forma, atesora profundidad y elevación de pensamiento: no es posible análisis más detenido, ahincado y hondo de un alma apasionada, ni exposición más hermosa de los conceptos de la mística, ni diálogo más elocuente entre el alma y Dios. No es la tranquilidad extática de la unión: es el ansia insaciable de la posesión y del goce, un alboroto de afectos que sujeta la rienda de oro de la rima: son las frases vehementes y persuasivas del amor humano, sublimadas a declarar los arcanos anhelos del divino. En tan largo poema no se abate jamás la inspiración. Divídese en estrofas de diez versos, de artificio métrico primoroso; mas el corazón que siente y la mente que rige aun son superiores en este caso al arte. Con razón aplica un biógrafo de San Francisco (14) a *Amor di caritate* lo que San Bernardino de Sena dijo del *Cantar de los cantares*: "Es el amor quien canta en este cántico, y si alguno quisiese comprenderle, fuerza será que ame. El que no ame, en balde oirá este cántico de amor: no puede un alma fría entender sus cláusulas ardientes: bárbaro y extraño es su idioma para los que no aman: hiédeles el oído como vano y estéril son" (15).

Ahora bien: ¿ es admisible que poesías tan diferentes como las que quedan trasladadas o extracta-

das sean obra de un mismo autor? Y puesto que a uno solo se adjudiquen, ¿será este autor San Francisco de Asís?

Respecto de la primera, *Cántico del Sol*, parecen tan convincentes los testimonios — en particular el desinteresado y coetáneo de Tomás de Celano, — que la dan por obra de San Francisco, que no es lícita la duda. Importa poco que la primer mención expresa de tal poesía la haga Bartolomé de Pisa en un libro escrito en 1385, ciento sesenta años después de la muerte del santo, pues las palabras y señas de Celano se refieren claramente al himno, en términos de no poderse aplicar sino a él. Por lo que hace a *In foco* y *Amor di caritate*, considero que la opinión de Ozanam suelta las dificultades que ofrece el aceptarlas como de San Francisco. Piensa el autor de los *Poemas Franciscanos* que ambas poesías revelan en su factura labor de mano más experta que las retocó: el tema es de San Francisco, pero dispuesto, ordenado y quizás parafraseado por algún discípulo competente en literatura. A este dictamen puede agregarse la observación de que el retoque o refundición de las poesías debió de ser bastante posterior a San Francisco, en vida del cual, no habiendo alcanzado la lengua tal perfección, balbucía sus primeras ingenuas rimas. Prueba de que el romance no ostentaba en tiempo de San Francisco mayor pulimento del que le dió en *Frater Sole*, y por consiguiente, no debe imputarse al escritor la rudeza y tosquedad del habla, es el hallar aún más imperfecta que la suya la elocución de otro canto contemporáneo, compuesto nada menos que por el poeta laureado del César, Guillermo de Lisciano, más adelante fray Pacífico (16).

Se demuestra, pues, que de tres poesías atribuídas a San Francisco, sólo una puede (al menos en su forma actual) haber sido escrita por él. Es dable que se presente en algún momento de literatura arcaica un

fenómeno como el de la lamentación de Jorge Manrique, donde estrofas enteras parecen escritas hoy; pero son azares inverosímiles en un idioma que, literariamente hablando, está en mantillas y es aún informe. Para inducirnos a creer que *In foco* y *Amor di caritate* sean de San Francisco, se aduce la autoridad, ciertamente poderosa, de San Bernardino de Sena, que se las atribuye de un modo terminante. Si damos por buena la solución de Ozanam, no hay reparo en que, en efecto, la base del edificio de ambas composiciones pertenezca a San Francisco, pero su arquitectura actual, a algún fraile poeta que por humildad ocultó su nombre tras el del maestro; y así pudo San Bernardino de Sena, sin ofensa de la verdad, atribuir sus cantos al Patriarca, callando lo demás, o por sabido, o por deferir a la voluntad del refundidor. Indicio moral vehementísimo en apoyo de este parecer, es la viveza y color con que *In foco* expresa lo que San Francisco debió de experimentar al recibir los estigmas en la cumbre del Sinaí franciscano, el monte Albornia, al momento en que vió descender sobre él un serafín con seis alas, fijo en una cruz, que con rayos de fuego le atravesó manos, pies y costado. No cabe significar con más fuerza la visita inefable y terrible del espíritu divino en la transverberación misteriosa, que en la imagen de aquel hombre agobiado, anonadado, falleciendo de deleite, caído en tierra, sin aliento y sin vida, partido el corazón con el cuchillo de un placer más intenso que todos los dolores imaginables, abrumado y fuera de sí a puros goces que no le caben ya en el alma. Aparte de esta reminiscencia de circunstancia tan importante en la vida de San Francisco, se percibe en *In foco* el carácter del aventurero mancebo que sólo renunció a militar con Gualtero de Briena para hacerse caballero andante del divino amor, y que llama a sus éxtasis un paso de armas, y a sus deseos del

cielo una cabalgata por los dominios de Cristo. *Amor di caritate* no refleja ninguna época señalada en la existencia de San Francisco; la idea fundamental, amoroso pugilato entre Cristo y el alma, es propia de la mística franciscana; pero la profundidad con que se ventila el punto de la recta ordenación del amor, parece que indica pensamiento analítico y reflexivo, fijo en sucesos posteriores a San Francisco: disensiones de mitigados y zelantes, controversias sobre la pobreza, herejías quietistas. Falta la sencillez propia del santo, y hay amplificaciones, hermosas y diestramente introducidas, y que, no obstante, semejan postizas en el estilo del penitente de Asís. En suma, *Amor di caritate* es la poesía donde menos se destaca la personalidad de San Francisco, lo cual esfuerza la presunción de que la parafraseó otro verdadero poeta.

De todas suertes, se demuestra que San Francisco de Asís fué, no solamente poeta, sino iniciador de direcciones poéticas, fundador de una escuela fecunda, lozana, destinada a brotar innumerables floridos retoños. No consideraron la poesía los frailes como los trovadores; donde éstos veían un arte, aquéllos encontraron camino para llegar al alma del pueblo; el trovador versifica sediento de conquistar gloria y aplauso; el fraile, de expresar sus temores y esperanzas, sus aspiraciones y creencias, de conmover y corregir: rima sus devotas ternezas, sus altas contemplaciones, sus regalados arrobos, las dramáticas escenas de la Pasión, los terrores del infierno, los premios del paraíso: moraliza, enseña, satiriza, ahonda problemas teológicos; suelta la rienda a sus afectos, y, sin saberlo, funda e impulsa las mejores direcciones de la nueva poesía italiana, desde el realismo dantesco hasta el melancólico lirismo de Petrarca, que envuelve sabor místico a despecho de su filiación provenzal.

En dos ramas se dividen los poetas franciscanos: latinistas y escritores en dialecto vulgar. Descarto de la pléyade a fray Pacífico, el laureado cantor, a pesar de haberle incluido Ozanam y, a imitación de Ozanam, cuantos tocaron este asunto, pero sin razón plausible, en mi concepto, como no sea la de enriquecer con un nombre más el catálogo. Guillermo de Lisciano no sigue la dirección poética que comienza con San Francisco: es un trovador de la escuela de Sicilia; entra en el claustro, y desde entonces no se sabe que haya rimado cosa alguna; a lo sumo se cree que dividió en estrofas el cántico de *Frate Sole* y que compuso la música de ciertos himnos piadosos que a coro entonaba el pueblo. Por lo demás, es probable que el nombre de Guillermo de Lisciano yaciese hoy en el olvido, a no haber tomado él justamente la resolución de enterrarse en una celda. Gran fama gozó, sin embargo, en el siglo: llamábanle *Rey de los versos*, y dicese que nadie le aventajó en canciones eróticas y en poesías galantes y libres (17), por lo cual el Emperador le coronó con gran pompa, honor a ninguno otro otorgado. Esto que noto en el *Rey de los versos* suele suceder a los trovadores: célebres en vida por sus trovas, lo son en la posteridad por su vida. ¿Quién lee hoy a ninguno de aquellos cantores tan alabados, sino el erudito, al inquirir los orígenes de la literatura moderna? Lo que nos interesa e interesará siempre es Guillén de Cabestany, con el corazón arrancado por el celoso marido de Margarita; Rudel, navegando hacia Tierra Santa en busca de la condesa de Trípoli, a quien ama sin conocerla, contrayendo en la travesía una enfermedad mortal, y expirando en el júbilo de la primer caricia y del anillo que su amada le pone en el dedo; Bernardo de Ventadour, expiando penitente en el Císter sus devaneos mundanos y su demasiada fortuna con las damas; Guillermo de Lisciano, desciñéndose la coro-

na de laurel para calarse la capilla de San Francisco. Inmortales son, no en literatura, pero sí en la leyenda y en la historia, por el sentimiento. La verdadera poesía que hoy nos resta del que después fué fray Pacífico, son sus visiones, cuando casualmente oye predicar a San Francisco de Asís en San Severino, y ve el cuerpo del predicador atravesado por dos espadas resplandecientes en figura de cruz, y escrita en su frente la letra Tau, signo misterioso con que el ángel de la profecía de Ezequiel señala a los que no serán exterminados, porque gimen; y en el cielo divisa el sitial de oro que perdió Satanás por su soberbia, reservado para el humildísimo mendicante, y echándose a los pies de San Francisco, le pide la cuerda y el sayal y un nombre de paz que encubriese la profana gloria del suyo. Amén de maestro en gaita ciencia, Pacífico sería doctor en otras materias, cuando Blanca de Castilla le eligió para educador del gran príncipe llamado el Marco Aurelio del Cristianismo.

Entre los latinistas franciscanos descuella Tomás de Celano, autor del *Dies iræ*: inspiración tan grandiosa, que aun hoy, que no aterran a las multitudes los castigos de ultratumba, infundé religioso pavor al resonar en las misas de difuntos. Su imponente sublimidad es perceptible hasta para los que no saben latín, merced a especial combinación eufónica, a una relación musical del sonido de las palabras y el asunto de la poesía, por lo cual acertadamente nota un crítico ilustre (18) que en tan magnífica secuencia las asonancias y consonantes reiteradas adquieren singular majestad.

*Dies iræ, dies illa  
solvet sæclum in favilla,  
teste David cum Sybilla* (19).

“No hay duda, añade, en que cuando la frecuente repetición de estas sílabas uniformes se apoyaba en la majestuosa lentitud del canto gregoriano, debía ejercer gran imperio en las almas. Y al emplear un poeta moderno, Goethe, este mismo canto como recurso dramático, instrumento de terror y remordimiento, que conturba la imaginación de una joven, muestra haber comprendido lo que aumentá la emoción religiosa el sonido de aquellas finales terribles.”

Tomás de Celano fué uno de los sabios que corrieron atraídos al foco de la naciente Orden Franciscana cuando ésta se hubo arraigado y constituido. En el claustro no olvidó las letras, y escribió lo que había de ganarle duradero nombre: la vida de San Francisco, y las secuencias *Sanctitatis nova signa* y *Dies iræ*; la propiedad de esta última se le disputa, sin argumentos suficientes para negársela (20).

Tal vez debiera preceder a Tomás de Celano San Buenaventura. El gran metafísico, Platón de la Edad Media, es insigne poeta en verso, en prosa, y hasta filosofando. Su temperamento poético se revela en todo y siempre; condiciona su filosofía, informada por ardiente misticismo, empeñada en ir más allá que la flaca razón y remontarse a esferas de luz y serenidad y amor, ayudándose de la fantasía para representar con emblemas y signos y figurar en las cosas sensibles la belleza suprasensible que no concibe el intelecto: a cuyo fin hemos de apelar “a la gracia y no a la ciencia, al deseo y no al discurso, al gemir de las oraciones y no al estudio de los libros, al Esposo y no al pedagogo, a Dios y no al hombre” (21). A San Buenaventura debemos los tiernos e interesantes pormenores de la familiaridad de San Francisco con las aves y comercio afectuoso con la naturaleza toda, consignados en su hermosa Leyenda; él nos pintó las alondras revoloteando sobre el techo de la casa en que San Francisco yace cadáver, y celebran-

do con alegre piar su glorioso tránsito; que en estos y otros ingenuos detalles se detiene y complace el pensador de alta inteligencia. Por San Buenaventura fué establecida la devoción del *Angelus*, oración poética de la tarde, que tiene algo de la apacible tristeza crepuscular (22). Apasionado amador de la Virgen, le consagró buena parte de sus poemas y cantó sus loores:

*Ave, caeleste lilium!*  
*Ave, rosa speciosa!*  
*Ave, mater humilium!*  
*superis imperiosa!*  
*Deitatis triclinium!*  
*Hac in valle lacrymarum,*  
*da robur, fer auxilium,*  
*o excusatrix culparum!* (23)

Digno de estudio entre todos los poetas de la Orden, más aún que ambos cronistas de San Francisco, el sabio Celano y el pensador de Bagnorea, es Jacopone de Todi, porque tiene representación a la vez como poeta, como político y como penitente; porque comprende y domina ambos géneros, el latín litúrgico y la poesía romance; porque descubre recónditos manantiales de poesía en el inculto campo popular, y porque son sus poemas trasunto fiel del espíritu de su edad y de la vida de su tiempo, considerada desde uno de sus puntos de vista más característicos.

En Jacopone, para entender al poeta, importa estar al corriente de la vida y vicisitudes del hombre, que son la clave de cuanto escribió, porque, a diferencia de los trovadores, Jacopone no compuso estrofa que no traduzca exactamente el estado de su ánimo, o desahogue algún sentimiento profundo, o se relacione con los sucesos de su agitada existencia: sin que, a pesar de este que hoy llamaríamos subjetivismo, haya poesía más objetiva que la suya, en

cuanto a reflejar lo que siente el corazón y piensa el cerebro de su siglo. Narremos, pues, la historia de Jacopone, sin los escrúpulos que asaltaron al doctor Ozanam cuando tuvo que hablar de un Beato reverenciado en los altares y adversario acérrimo de un Papa. Lejos de ser piedra de escándalo, Jacopone y su vida representan exactamente la Edad Media, aquella era en que la Iglesia de Cristo fué amada con delirio, y por ende, zelada con rabia; en que todos querían custodiar la pureza de la mística Esposa, y la sospecha de la profanación encendía furor inextinguible; en que los intereses de la Cristiandad eran el interés de cada cristiano, y en que tan alta rayaba la espiritual libertad, que nadie extrañó que los Papas autorizasen el culto del poeta que eligió a un Papa por blanco de sus quemantes sátiras.

Nada encierran digno de mención los primeros años y mocedad de Jacopone. Fué natural de Todi o Tuderto, villa de origen etrusco, muy importante a fines del siglo XIII, que hoy sólo atrae al viajero por sus fuertes murallas antiguas y curioso templo de Marte. Perteneció Jacopone a la familia de los Benedetti, ciudadanos pudientes y respetados: siguió con lucimiento el curso de Derecho en la Universidad de Bolonia, y terminados los estudios y graduado, volvióse a su país, ejerció la profesión y no tardó en ser el jurisconsulto de más nombre en Todi. Rico ya, esperando aún mayor fortuna, tomó esposa joven, bella e ilustre, y duraban aún las amorosas finzas entre los consortes, cuando acertó a llevarla un día a presenciar los públicos regocijos que en la villa se celebraban. Era uso erigir para las damas un palco elevado desde donde viesan cómodamente los festejos: subió a él la esposa de Jacobo Benedetti, y de pronto, en mitad de la función, se desplomó el tablado con estrépito espantoso, y las infelices que lo ocupaban cayeron de él revueltas en montón informe.